

UNA EXPOSICION DE LA ENSEÑANZA CATOLICA EN FRANCIA

por J. CALVET. (Rector del I. Católico de París)

Es un acontecimiento importante de la vida religiosa en Francia, en lo que se refiere al pensamiento, esta Exposición de la enseñanza católica, organizada por la Sociedad *Au Service du Pays*, presidida por M. de Laboulaye, Embajador de Francia.

Ha tenido lugar en el parque de la Puerta de Versailles del 15 de septiembre al 15 de noviembre y ha cubierto una superficie de más de cinco mil metros cuadrados. El éxito no se ha desmentido un solo instante y algunos días la muchedumbre ha sido muy numerosa.

Lo que se experimenta primero al penetrar en el «hall» de entrada es una impresión de vida, de potencia y de juventud. Un Cristo inmenso predica el Evangelio de las Beatitudes, y se nos advierte que el mundo moderno, con sus progresos magníficos y sus miserias angustiosas, necesita siempre esta enseñanza. Un diorama circular realiza sus resultados, en todos los aspectos, desde hace dos mil años. El espectáculo no tiene nada que resulte forzado, ni declamatorio, ni publicitario; es la historia traída a unas líneas sencillas; en resumen, una historia de la civilización que ha aportado y desarrollado en nuestro país el Cristianismo.



Al salir de esta sala, tan vívida y tan lozana, se pregunta uno con cierta inquietud cómo se ha podido sostener ese tono en cinco mil metros cuadrados, exponiendo los métodos y los resultados de las cuatro órdenes de la enseñanza. Los organizadores han experimentado esta perplejidad, y no se han resignado a exponer a nuestra vista una serie de cuadernos de alumnos, lo que hubiera sido muy monótono. Han pensado que era preferible hacer ver al público lo que la enseñanza libre tiene de original; y como esta originalidad se marca menos en los resultados escolares que en el espíritu que anima la escuela, se han atenido a los principios y a los métodos que constituyen este espíritu. Para esto ha sido necesario mucho ingenio y perseverancia, con el fin de que las ideas sean sensibles a la vista y como tangibles. Una fórmula concisa, con la luz concentrada, tomada la mayoría de las veces de un gran educador, o de un gran escritor, impone al espíritu un punto importante de la doctrina pedagógica, mientras que una fotografía o un cuadro, tomado de la vida concreta, nos muestra lo que se ha hecho, lo que se hace, y que esta fórmula no es, por consiguiente, un «slogan» arbitrario, sino la traducción directa de lo real. Hay ahí, desarrollándose a través de la galería circular, una síntesis de la enseñanza católica, en su historia y en sus esfuerzos actuales, que permite al profano más apartado de las cosas de la enseñanza descubrir en una hora el espíritu de uno de los mayores órganos de la vida de la Iglesia en Francia. Conozco pocos documentos tan reveladores.

El público que tiene prisa, se da cuenta vagamente de la importancia de esta síntesis; la considera con reverencia, como una cosa que ha debido de costar mucho trabajo y mucho tiempo; pero pasa de prisa y va hacia lo que tiene costumbre de encontrar en las exposiciones: las cifras, los gráficos, los objetos fabricados. Su espera no le causa decepción, aunque la sociedad *Au Service du Pays* se haya mostrado discreta y haya evitado todo lo que podría recordar los procedimientos de la publicidad comercial.

Las cifras, rigurosamente controladas, nos hacen saber, por ejemplo, que la enseñanza libre católica en Francia cuenta con

sesenta mil maestros o maestras diplomados, de los cuales veintiséis mil, seculares, y veinticuatro mil, sacerdotes, religiosos o religiosas; que la enseñanza de primer grado educa un millón doscientos mil niños de las clases populares, que la enseñanza libre de segundo grado recibe 53 % de la clientela nacional, que la enseñanza técnica está representada por quinientas veinticinco casas, que la enseñanza superior es dada en las cinco Universidades libres por cuatrocientos profesores. Se puede decir que es un 40 % de la juventud francesa la que se educa por la enseñanza libre católica, sin participación del presupuesto del Estado.

En la sala de la Exposición reservada a la estadística, el visitante que se interese por las cifras se entrega a unos cálculos que pasan de la aritmética a la economía política y a la vida social de la ciudad.

Son más numerosos los que se paran ante los envíos de la enseñanza técnica. Desde el aprendiz de obrero hasta el aprendiz de ingeniero, todos han rivalizado de celo por el honor de su profesión y por gusto del trabajo bien hecho. Pero los envíos son anónimos: nuestra juventud trabaja por equipos, y nadie pretende vanagloriarse y descartar al vecino. Ni siquiera sabemos quién es el autor de esta maravilla de carpintería colocada en el centro de la sala de lo técnico, la escalera de caracol que ha merecido, al parecer, a su constructor el título de primer obrero de Francia. Más allá, la enseñanza técnica femenina llama la atención por una creación original, la casa francesa tal y como la mujer moderna, que tiene gusto, puede y debe organizarla: la cocina con los aparatos, no los más lujosos, sino los más prácticos; el comedor claro y acogedor, el saloncito con su sello de elegancia y de arte, el cuarto de la jovencita con su sello de elegancia y de fantasía. En el «stand» de lo técnico agrícola, el visitante se para extrañado: se ignora, generalmente, el esfuerzo de la enseñanza libre sobre ese terreno, en el que las leyes existentes le permitían todas las iniciativas: ha usado ampliamente de la libertad. Fuera de las grandes escuelas superiores anexionadas a las Universidades católicas, ha creado unas escuelas secundarias de todos los

tipos, adaptadas a las necesidades y a las culturas de cada región: unas escuelas primarias, las casas familiares, tan ricas para el futuro, y los cursos por correspondencia, que permiten a los jóvenes agricultores iniciarse a los métodos modernos sin abandonar su granja. Se busca incluso la fórmula y el programa de humanidades campesinas: el colegio de Mamers educa jóvenes campesinos, en un clima campesino, con textos latinos y franceses nutridos con el genio de la tierra, y les da el orgullo de su profesión, cultivando al mismo tiempo su espíritu y dirigiéndoles hacia el Bachillerato, que será para ellos la clave de los campos, como lo es para otros la clave de las carreras liberales.

No se recorre sin emoción la sala consagrada a la obra de la enseñanza católica para la infancia deficiente. Aquí su ingenio se ilumina con un reflejo del Evangelio, que no tiene sólo por efecto sostener e iluminar la vida, sino que, en verdad, transforma el destino. Niños enfermos, nacidos con sentidos disminuídos, ciegos, sordos, mudos, algunas veces ciegos, sordos y mudos, huérfanos, niños nacidos de padres indignos, a quienes hay que quitárselos; pervertidos precoces que los Tribunales han condenado, lamentable tropel que hay que reconciliar con las leyes esenciales de la naturaleza y de la conciencia. Empresa difícil, en la cual se fracasa seguro si no se entregan a ello almas maternas. Más de tres mil deficientes están cuidados y educados así por los Hermanos de San Juan de Dios, por los Hermanos de San Gabriel, por las Hermanas de la «Sagesse», por las Hermanas del Calvario. La enseñanza libre confiesa aquí sus dudas y sus fracasos parciales: ¿Quién llegará a resolver el problema de la infancia delincuente, a disipar el misterio de esas conciencias echadas a perder u obstinadas? ¿Quién dará una familia a los huérfanos? La Exposición nos dice que se aplican a ello, renunciando a las fórmulas que no han traído hasta ahora más que decepciones, y tratando de usar fórmulas nuevas, como la de Balmont. Todos los Gobiernos y todas las confesiones deberían de poner en común sus recursos materiales y morales para curar esta llaga abierta en el costado de la Humanidad.

Existe en la Exposición otra sala que sobrecoge el espíritu por la amplitud de los horizontes que hace surgir: es la sala de las misiones. Veinticinco mil religiosos o religiosas de nuestro país han abierto escuelas en el mundo entero, universidades, colegios, escuelas de pueblo y escuelas en los despoblados. No existe una región, hacia el Ecuador o hacia el polo, que no se haya beneficiado de sus esfuerzos. No son los agentes de un nacionalismo, pero sí los heraldos de una fe y de una civilización. No hay nada más elocuente que los mapas de los dos hemisferios que han puesto bajo nuestros ojos y que están por todas partes consteladas, como puntos luminosos, las innumerables escuelas fundadas y sostenidas por nuestras misiones: gracias a ellas, el mundo tiene el sentimiento de que nuestras reservas espirituales no están agotadas.

De la sala de las misiones se pasa, por una transición natural, a la sala de los países extranjeros: Estados Unidos de América, Inglaterra, Bélgica, Suiza y Holanda han respondido a nuestra invitación. No se trataba para estos Estados de exponer los resultados de su enseñanza católica; el sitio era demasiado restringido. Se les pedía de hacer comprender al público francés cuál es el régimen legal de la enseñanza libre que funciona en su país, en armonía con el carácter de la nación. Aprendemos así que nuestra fórmula de libertad, sin subsidios, no es la única posible; cada uno de los Estados exponentes tiene la suya. Los visitantes se pararán, sobre todo, ante el «stand» de Holanda, en donde el ingenio de la presentación está en armonía con la ingeniosidad de una ley que asegura a la enseñanza libre el máximo de libertad verdadera en un Estado liberal.

La visita de la Exposición se acaba en el pabellón de los libreros. Los editores católicos presentan sus colecciones de libros clásicos, desde los alfabetos hasta los tratados de Psicología o de Mecánica racional, y los libros escritos sobre los niños o para los niños. Aquellos visitantes que hayan conservado en su memoria el recuerdo de los libros que usaban hace cuarenta o cincuenta años, al principio del siglo, no dejan de extrañarse ante los libros nuevos, más claros, mejor impresos, bonitamente ilustrados, que

se adelantan al deseo del niño y le solicitan a estudiar y a comprender. El progreso de la pedagogía sobre ese punto es manifiesto, y la enseñanza libre reivindica el honor de haber trabajado, por su parte, a realizarlo.

El visitante de espíritu objetivo que sale, después de un estudio atento de las instrucciones provisionales de la Puerta de Versalles, pomposamente denominada Palacio de las Exposiciones, no ha pensado un solo momento en considerar un cuadro banal que cobijará mañana máquinas o animales de granja; ha estado sobrecogido por un conjunto que descubre un alma. Se dice que la enseñanza católica, que tiene por clientela casi la mitad de los niños de Francia, está en pleno vigor y se afirma como las cosas que quieren durar. Y él se dice, cualquiera que sea su filosofía personal, que es ése un órgano de la vida del país cuya desaparición sería una irreparable pérdida.

